

de serenas virtudes,
la del selecto espíritu
poblado de inquietudes.

Su juventud fue un éxodo
generoso y fecundo...
Avido ante los largos
derroteros del mundo
fué a Roma, estuvo en Flandes,
vivió en la verde Holanda,
vió los lagos de Escocia
y los fiordos de Irlanda,
recogió en bellas páginas
la esencia prodigiosa
de la divina Italia
siempre ilustre y gloriosa
y al amainar los ímpetus
de su fiebre andariega
se acogió a su vetusta
casona solariega,
preparó los pinceles
combinó los colores,
surgió la maravilla
de sus cuadros mejores
y, sobre todo artista,
sin dejar de pintar
como un nuevo prodigio
fundó un cristiano hogar.

Durante nueve lustros
saturados de Historia
Badajoz que hoy le llora
vió fraguarse su gloria
y advierte que, al pararse
corazón tan radiante,
esos años han sido
no más que un breve instante
y que aunque el corazón
cesase de latir
Adelardo el magnífico
no puede sucumbir.

¡No! No ha muerto el artista
que la Parca traidora
en lugar de la noche
ha encendido la aurora.

Lo que en él sólomente
de humano barro había
es ya por inmutable
decreto del Destino
tan solo un epitafio
sobre una tumba fría.
¡Pero su Arte, su Obra
tiene origen Divino
y ha de vivir joyante
más joven cada día!

JUAN LUIS CORDERO

Arroyo de la Luz, 22 Septiembre 1951.

EN TORNO A LA IMPORTACION INTELECTUAL

TENEMOS a la vista uno de los más importantes tratados de Historia Universal que se han publicado en nuestra Patria en los últimos años. Consta de diez gruesos tomos de unas 800 a 1.000 páginas cada uno y está editado a gran lujo con excelentes ilustraciones y gran número de reproducciones a todo color transcribiendo códices y documentos interesantes. Su autor es el profesor Walter Goetz, de la Universidad de Leipzig y está ayudado en su tarea por un cuadro de eminentes sabios alemanes. La empresa editora es una de las más prestigiosas del mundo hispánico, con doble sede en Madrid y Buenos Aires.

Necesitábamos, para evacuar una consulta, el tomo III, relativo a la Alta Edad Media y antes de tocar aquélla fué inevitable lanzar una amplia ojeada a través de las páginas del volumen. El Editor inserta un prefacio en el que dice que «difícilmente se hallará en el mundo actual una obra más amplia, más sólida y más imparcial y concebida con más hondo deseo de general justicia». A pesar de estas afirmaciones, en un prólogo global redactado por el director de la obra se encuentran afirmaciones de particularísimo criterio acerca de la actuación de la Iglesia y el Papado en la Edad Media. El editor se apresura a añadir (página 13) una a modo de aclaración en que pone algunos puntos sobre las íes tal y conforme estamos acostumbrados a verlos en nuestra ortografía crítica meridional. Como el autor y sus colaboradores no enmiendan por ello sus opiniones, en el transcurso del tomo podemos encontrar parecidos estrambotes del editor en las páginas 351, 438 574 y otras.

Un examen más minucioso nos revela que de las 760 páginas que viene a contener dicho tomo III, 482 o sea un 64 por 100 del mismo, están dedicadas a la Historia interior y exterior de Alemania y el 36 por 100 que queda, a los restantes pueblos del planeta. No existe un capítulo, ni siquiera una página dedicada a los reinos de la Península ibérica. Solo es posible hallar en todo el volumen, unas cuantas alusiones de refilón a la Historia de España que, salpicadas aquí y allá no llenarían un par de hojas.

Nuestra consulta se refería a la época árabe. Comprobamos, ya sin asombro, que en las repetidas 760 páginas sólo hay un capítulo dedicado al Islam que comprende ni más ni menos 43 páginas. Carecemos de autoridad para glosar algunos de los juicios que formula el ponente de Historia islámica, profesor Schaefer, acerca de la civilización árabe, aunque se nos pasan buenas ganas de hacerlo. Por ello nos limitamos a un simple comentario aritmético. ¡Toda la Historia musulmana en 43 páginas, de un total de más de 7.000 de que consta la obra! La Arabia anteislámica, la predica-

ción de Mahoma y la difusión de su doctrina, las campañas del califa Omar, de Amrú y de Jálid, la conquista de Persia y de Africa; la invasión de la península ibérica, los califas de Damasco y de Bagdad, el imperio de los Omeyas en Córdoba, los taifas ibéricos, los sultanatos selyukíes en Persia y en la India; y amén de todo esto, la difusión de la cultura árabe, las Mezquitas de Egipto y de España, la filosofía de Averroes, los libros de Iben Jaldún, los versos de Almotanabi, la alquimia y la medicina y la astronomía y el cálculo matemático... ¡todo en 43 páginas de una que pretende ser Historia Universal, la más amplia y sólida de nuestros días! El dato que andábamos buscando, referente a la época de Hárum Arraxid no ha podido ser hallado porque el brillante reinado del Salomón de Bagdad está explicado en la obra de Goetz en justamente diez líneas... En el menos feliz de nuestros textos de Bachillerato se puede encontrar una idea bastante más completa de lo que fué en la Edad Media el auge y expansión del Islam. Malhumorados, reintegramos el hermoso tomo a su estantería pensando que, si hasta cierto punto es explicable que un eminente profesor alemán confunda la Historia del Mundo con la de su propia patria, un poderoso editor español debería tener una idea más clara del significado de las palabras *ecuanimidad e imparcialidad*.

* *

La no resuelta pesquisición del dato que demandábamos ha traído a nuestra mesa «La Civilización de los Arabes» del Dr. Gustavo Lebon, traducción de Luis Carreras. El libro está editado igualmente con lujo dentro de las posibilidades de la época—1886—, contiene infinidad de grabados y curiosidades y pretende plasmar una completa visión cultural e histórica del Hecho islámico.

Contrariamente a su colega germano, el Dr. Le Bon es un entusiasta de Mahoma; un entusiasta frenético a quien sus tesis no parecen perfectas si no ha cubierto de oprobios, además, a todos los pueblos y civilizaciones cristianas. Y como buen historiador galo, la diana de sus más duras invectivas está ubicada, naturalmente, Pirineos acá.

Entre otros pintorescos juicios, en la página 136 del volumen que nos ocupa, Le Bon afirma que, después de expulsados los moriscos, España no produjo ya en ciencias y letras nada que no pasase de la más *ramplona medianía* (se supone que en este rebaño de ramplo-nes están incluidos Cervantes, Calderón y Velázquez). Esto excita la indignación del traductor que en nota marginal dice «El autor está verdaderamente desgraciado (sólo desgraciado?) en este trozo, en el cual no sabemos si hay más errores que letras o más letras que errores.

Naturalmente, *Monsieur Le Bon*, empeñado en demostrar que el nombre no hace a la cosa, no por eso se contiene, sino que continúa a lo largo de todo el libro regurgitando injurias contra España. «Los únicos sabios, industriales y negociantes del país (en el siglo XVI)

eran moriscos» (pág. 300). «En España no había en el siglo XVIII nadie capaz de construir un barco, ni una vela siquiera (?)» (pág. 301). «España no tiene hoy agricultura ni industria y para todo lo que excede de la medianía intelectual ha de dirigirse al extranjero...» «La ignorancia en España es hoy igual que en la Edad Media», etc. etc... A estos insultos responde el traductor con otras tantas notas arremetiendo contra *Monsieur Le Bon* y contra el país donde nació. El libro continúa así, en una grotesca y porfiada disputa entre el autor y el traductor. Muchas de las páginas están divididas por mitad entre uno y otro y desde sus campos atrincherados, ambos historiadores se cubren de hortalizas retóricas como auténticas Amazonas de mercado. En fin, lo que pretende ser un brillante libro instructivo se convierte en una perfecta y lamentable payasada editorial.

* *

Pasemos ahora a un campo plenamente científico. El libro examinado es «Ingeniería de Radio», de F. E. Terman; está editado en Buenos Aires en 1947, como traducción de la célebre obra «*Radio Engineering*» del citado autor. Es un grueso volumen de 790 páginas de excelente papel y positivamente bien editado. Terman es uno de los más notables investigadores y profesores de los Estados Unidos en materia de electrónica y su libro, aunque podrían oponérsele algunos reparos de orden didáctico, es un verdadero arsenal de conocimientos en esta compleja y novísima rama de la Física. Mas, por desgracia la utilidad de la obra está considerablemente menguada para los lectores de habla hispánica debido a lo deficientísimo de la traducción. En la página 276 leemos. «*Desde que el punto de funcionamiento y por consiguiente, la potencia de alimentación, pueden ser las mismas con la grilla positiva o no, el mayor rendimiento acarrea un concomitante aumento de salida*»... En total, cuatro solecismos y un barbarismo en tres líneas. En casi todas las páginas del volumen pueden hallarse párrafos parecidos. No transcribimos otros para no cansar al lector con el excesivo tecnicismo terminológico de la materia.

Sería error grave suponer que en un trabajo de carácter científico el estilo fuese una cuestión secundaria. Por el contrario es en ellos cualidad esencial un absoluto dominio del lenguaje, ya que de otro modo, si a la natural oscuridad del tema y a las dificultades de su aprehensión, añadimos una redacción confusa, forzada y exótica, el resultado es catastrófico para el que tiene que desentrañarlo. Esto es lo que acontece con la flamante obra de Terman. El traductor no sólo no se molesta en enderezar la sintaxis inglesa, sino que tergiversa las acepciones a su gusto, que es generalmente poco bueno. Así, traduce la conjunción inglesa *since* por «desde», como si fuera el *since* adverbio; cae en la consabida «pega» de primer curso de inglés de interpretar el *actual* británico y que significa *real*, por el homónimo adjetivo castellano «actual», y salpica el texto de otras mil pequeñas o grandes barbaridades que le acreditan, cualquiera

que sea su competencia técnica, como un supino desconocedor de lo que es el lenguaje español. Amén de ello, la terminología es diferente a la que se usa en los tratados europeos. Las letras o módulos algebraicos son también distintos a los que estamos acostumbrados a ver... En fin, el malaventurado estudiante debe consumir una respetable parte de su tiempo y energías en brincar por encima de estos inconvenientes y en retraducir el texto al castellano claro, a expensas de los que necesita para asimilar una materia de por sí abstrusa y difícil.

* *

Para despejar nuestra mente con un libro ameno, hemos tomado ahora el «Curso de Zoología» de C. Schmeill. Es un tomo de extensión media, traducido directamente del alemán y pulcramente presentado por una importante editorial barcelonesa. Lo abrimos al azar en la página 141, donde al lado de un bonito grabado dice así: «La Perdiz (*Perdix Perdix*) tiene el tamaño de una paloma y lo mismo que otras aves del campo presenta un colorido térreo y poco aparente en que solo destaca, hacia el vientre, una mancha en forma de Omega»... Arqueamos las cejas y miramos el grabado que representa un pajaraco para nosotros no fácilmente identificable. Quienquiera que haya tenido la suerte de abatir en pleno monte una perdiz y hasta cualquier ama de casa que en la pollería haya adquirido una pareja de estas aves para componer una sustanciosa pepitoria, sabe perfectamente que una perdiz abulta más que una paloma y que dista mucho de poseer un plumaje térreo o poco aparente, sino que, por el contrario, es uno de los volátiles más brillantemente ataviados que pueden hallarse en nuestros campos, pudiendo en su abigarrado indumento leerse con algo de imaginación todas las letras griegas excepto la Omega. Claro que estamos refiriéndonos a la perdiz española, a la hermosa y brava *Alectoris rufa*. El perdigacho que describe el Dr. Schmeill es la Perdiz centro-europea, ave bastante diferente a quien naturalistas nórdicos han reservado la denominación típica, a sabiendas de que no se trata de la *Perdix* de Lúculo.

Tras esto, ya no puede sorprendernos que la liebre descrita en el libro sea el *Lepus Europoeus* y no el *Lepus Granatensis*, que es la que verdaderamente se encama en nuestros barbechos y que en los respectivos capítulos dedicados a Carnívoros, Reptiles o Insectos, se designen con frecuencia como especies típicas animales desconocidos en nuestra patria. Hemos, pues, de terminar felicitando a la importante editorial barcelonesa por haber puesto a nuestro alcance esta excelente «Zoología alemana para uso de españoles».

* *

Con poco trabajo hubiéramos reunido cuatrocientos o cuatro mil de estos ejemplos. Hemos puesto en la picota sólo estos cuatro por parecernos que en ellos se encuentra una selección de los males

que aquejan a muchas de las versiones de obras extranjeras que ocupan nuestras anaqueleras: Traducción deficiente o simplemente mala, gramaticalmente hablando. Traducción inútil, por versar sobre una obra de insuficiente mérito. Traducción inadecuada, de un libro que no se adapta a nuestro espíritu o desconoce nuestra vida y nuestra geografía.

Dejamos adrede a un lado las obras de Literatura. Este tema, por su importancia, merece un estudio especial que nos gustaría no tardar en hacer. Concretándonos, pues, al orden meramente didáctico, hay que calificar de lamentable el frenesí traductorio que aqueja a nuestras editoriales. Se traduce algunas veces lo bueno, pero más frecuentemente lo mediocre y hasta lo pésimo. No vacilaríamos en señalar como primera causa de la crisis del libro español esta plaga, este cáncer o tuberculosis que lo devora, secando sus jugos y matando sus energías. Existen en el mundo obras de un inhallable mérito original o de una profundidad técnica o científica impar. Tales obras ¿quién lo duda?, pueden y deben ponerse pronto al alcance de todos, mediante una versión cuidada. Mas por desgracia, el criterio con que los editores discriminan estos méritos raras veces deja de ser deplorable. Una inmensa mayoría de los libros traducidos podrían haber sido escritos originariamente por profesionales españoles con tanta o mayor perfección que el autor extranjero elegido, con la ventaja para todos de producir algo adaptado a la psicología y a las costumbres del lector. De lo que ya no estamos tan seguros es de si este sistema resultaría tan cómodo ni tan barato para la empresa editorial, como pagar unos simples derechos de traducción y sobornar a un pobre jornalero de la pluma para que pergeñe una versión pedestre del texto extranjero.

Las consecuencias de ello son tan tristes como hemos podido comprobar por los ejemplos puestos. Y pasan de lo triste a lo intolerable cuando, como ocurre alguna vez en obras de Historia o de Filosofía, se ve obligado a leer en su propia lengua juicios arbitrarios, descripciones grotescas o injurias soeces sobre el país donde uno ha nacido. Al lado de algunos investigadores serios y ecuanimes que saben, cuando estudian la vida de un país extraño, substraerse a los resabios del rencor histórico, lo corriente en los autores extranjeros, singularmente los oriundos de ciertas naciones que todos conocemos, es, al tratar de los temas de España, mostrar una ignorancia supina y definitiva, la misma que profesaría sobre los mismos un *tupy* del Amazonas. No nos interesa conocer cuando esta ignorancia es invencible y cuando es voluntaria y por lo tanto, culpable. Pero sí es lamentable e irrisorio que el lector hispánico tenga a veces que enterarse de las peculiaridades de su Economía o de su Historia, a través de la visión de un *tupy* del Amazonas...

Otro de los resultados funestos del traduccionismo a ultranza es la servidumbre ortográfica que en algunas palabras y más concretamente en los nombres propios, se viene imponiendo a nuestro idioma.

¿Puede explicarme alguien por qué escribimos *Tchaikowsky*? La T no existe en el apelativo original ruso: es un mero artificio pro-

sódico que necesitan el francés y el alemán para convertir sus CH y SCH suaves y paladales en la rotunda linguo-dental CH rusa. Los españoles, que poseemos una CH tan rotunda y sonora como la moscovita, seguimos sin embargo, usando una T de lujo por la poderosa razón de que así lo vemos escrito en los libros y periódicos extranjeros. Igual suerte ha corrido la bella princesa Xehrezad, heroína de las «Mil y Una Noches», a la cual hemos de conformarnos con llamar mil y una vez *Schehrezade* por no haber quien advierta que para pasar del árabe al español no hace maldita la falta intercalar una etapa de fonética alemana. Los ejemplos son legión. Ahí está el desaparecido rey jordano Abdalah, cuya transcripción inglesa *Abdullah* se ha paseado por nuestros periódicos originando en el público y hasta en algunas cabinas de radio una pronunciación ABDULLA, con un tremendo acento sobre el *álif* y una ELLE que hace erizar el pelo a cuantos simpatizan con la lengua de Avicena. Finalmente han sido también los traductores serviles de las obras alemanas y francesas de Historia Natural los que han transformado el yaguar en *jaguar* barbarizando la voz guaraní que usaron Azara y los primeros naturalistas hispanos del Nuevo Mundo.

Nada es más respetable que un buen libro, sea cual sea la nacionalidad de su autor y nada más noble que el procurar que ese buen libro llegue a las mentes de todos los hombres de la Tierra. Mas por esta misma razón, nada es más vituperable que la difusión de un libro mediano o malo, cuando esta difusión origina que no llegue a escribirse uno bueno, porque su autor no puede competir comercialmente con el *dumping* literario que se le hace desde fuera. Hemos de constatar que en este aspecto, nuestros editores parecen casi unánimemente empeñados en dar la razón al viejo y bilioso profesor Le Bon cuando afirma que en todo lo que no sobrepasa lo mediocre (y ¡ay! a veces en lo que no lo sobrepasa) hemos de pedir ayuda al extranjero. Hay varias excepciones, como cierta editorial de Barcelona que publica sólo hermosas obras encomendadas de un modo exclusivo a sabios españoles. Pero la regla general es que nuestras empresas, aun las que más realce y gloria han dado al libro hispánico no desdeñen la ocasión de negociar de vez en cuando alguna traducción, aunque para ello hayan de empañar un tanto sus laureles.

El luchar contra esta nefasta enfermedad es tarea de que nunca deberían cansarse los autores, directamente perjudicados por ella; y en último término, los lectores, a la larga y sin duda más perjudicados todavía.

CARLOS CALLEJO



NUESTROS ARTISTAS: «Descanso y meditación»,
por D. Conrado Sánchez Varona